



Alice Miller

---

**POR TU  
PROPIO BIEN**

Raíces de la violencia  
en la educación del niño

---

Biblioteca Alice Miller

---

TUSQUETS  
EDITORES

Alice Miller  
**POR TU PROPIO BIEN**

Raíces de la violencia  
en la educación del niño

Traducción de Juan del Solar

Título original: *Am Anfang war Erziehung*

1.<sup>a</sup> edición en esta presentación: mayo de 2021

1.<sup>a</sup> edición en Superínfimos: octubre de 1985

1.<sup>a</sup> edición en Colección Ensayo: febrero de 1998

Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1980

Todos los derechos reservados y controlados a través de Suhrkamp Verlag Berlin

Traducción de Juan del Solar

Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-9066-567-2

Depósito legal: B. 5.205-2021

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Prólogo . . . . .	11
La educación como acoso a la vitalidad . . . . .	17
La «pedagogía negra» . . . . .	19
¿Existe una «pedagogía blanca»? . . . . .	125
El último acto del drama mudo: el mundo está horrorizado	137
Introducción . . . . .	139
La guerra de exterminio contra el propio Yo . . . . .	142
La infancia de Adolf Hitler: del horror oculto al horror manifiesto . . . . .	184
Jürgen Bartsch: una vida observada retrospectivamente	252
Consideraciones finales . . . . .	302
En el camino hacia la reconciliación: miedo, ira y duelo, pero no sentimientos de culpa . . . . .	307
También la crueldad no intencionada hace daño . . . . .	309
Sylvia Plath y la prohibición de sufrir . . . . .	317
La ira no vivida . . . . .	325
El permiso de saber . . . . .	337
Epílogo . . . . .	343
Epílogo a la segunda edición . . . . .	349
Epílogo a la tercera edición . . . . .	353
Referencia de las obras citadas . . . . .	355

# La educación como acoso a la vitalidad

## La «pedagogía negra»

Siguió un castigo por todo lo alto. Durante diez días, un período excesivamente largo para cualquier conciencia, mi padre bendijo las palmas de la mano estiradas de su hijo de cuatro años con una aguda palmeta. Siete golpes diarios en cada mano hacen un total de ciento cuarenta golpes y algo más: poner punto final a la inocencia del niño. Nada sé de todo cuanto sucedió en el Paraíso con Adán, Eva, Lilith, la serpiente y la manzana; nada sé de la justa borrasca bíblica de antes de los tiempos, de la airada voz del Todopoderoso y de su dedo que significaba la expulsión: nada sé de todo aquello. Fue mi padre quien me expulsó de allí.

CHRISTOPH MECKEL (1980), pág. 59

Quien se informa sobre nuestra infancia quiere saber algo de nuestra alma. Si la pregunta no es meramente retórica y el que interroga tiene paciencia para escuchar, tendrá que darse cuenta de que amamos con horror y odiamos con un amor inexplicable aquello que nos procuraba los máximos pesares y dificultades.

ERIKA BURKART (1979), pág. 352

### *Introducción*

Quienquiera que haya sido madre o padre y no pretenda engañarse a sí mismo, sabrá por propia experiencia lo difícil que puede resultarle a una persona tolerar ciertas facetas de su hijo. Admitir esto es particularmente doloroso si amamos al niño y deseamos respetar su individualidad,

aunque nos sea imposible. La generosidad y la tolerancia no pueden alcanzarse con ayuda del conocimiento intelectual. Si no tuvimos posibilidad alguna de revivir y elaborar conscientemente el desprecio que nos demostraron en nuestra propia infancia, volveremos a transmitirlo. El simple conocimiento intelectual de las leyes del desarrollo infantil no nos protegerá de la irritación o de la rabia cuando el comportamiento del niño no responda a nuestras expectativas o necesidades, ni, menos aún, cuando amenace nuestros mecanismos de defensa.

Algo muy distinto ocurre con los niños: no tienen prehistoria alguna en su camino, y *su tolerancia* frente a los padres *no conoce límites*. Cualquier crueldad mental—consciente o inconsciente— de los padres quedará, gracias al amor del niño, a salvo de ser descubierta. Todo cuanto puede exigírsele impunemente a un niño se halla registrado en una serie de obras recientes, fácilmente accesibles, que relatan historias de infancia. (Cf. por ejemplo P. Ariés, 1960; L. de Mause, 1977; M. Schatzman, 1978; I. Weber-Kellermann, 1979; R.E. Helfer y C.H. Kempe, edición de 1978.)

La antigua práctica de la mutilación física, explotación y acoso del niño por el adulto parece haber sido sustituida cada vez más, en los tiempos modernos, por una forma de crueldad espiritual que, además, ha podido ser mitificada tras el benévolo término de «educación». Dado que en muchos pueblos la educación se iniciaba ya durante la lactancia, en la fase de unión simbiótica entre madre e hijo, este condicionamiento temprano garantizaba que el verdadero estado de cosas casi no pudiera ser descubierto por el niño. Su dependencia del amor de sus padres también le imposibilitará reconocer, más tarde, los traumas que a menudo permanecen toda la vida ocultos tras las idealizaciones infantiles de las figuras paterna y materna.

El padre del paciente paranoico descrito por Freud, Schreber, escribió a mediados del siglo XIX una serie de obras pedagógicas tan populares en Alemania que, en parte, conocieron cuarenta ediciones y fueron traducidas a varios idiomas. En ellas se insiste continuamente en que es preciso empezar lo antes posible, ya en el quinto mes de vida, a educar al niño, si se quiere «liberado de la mala hierba». He encontrado opiniones parecidas en cartas y diarios de varios padres de familia, lo cual esclarece muchísimo, para alguien que observe las cosas desde fuera, las causas de las serias enfermedades de sus hijos, quienes posteriormente fueron pacientes míos. Estos, sin embargo, nada pudieron hacer en un principio con tales diarios y necesitaron largos y profundos análisis antes de poder vislumbrar la realidad descrita en ellos. Primero tenían que distanciarse de sus padres y desarrollar sus propias individualidades, delimitándolas claramente.

*Si la convicción de que toda la razón está del lado de los padres (y de que cada crueldad —consciente o inconsciente— es expresión de su amor) se halla tan profundamente arraigada en el ser humano, es porque se basa en interiorizaciones de los primeros meses de vida, realizadas en la etapa previa a la separación del objeto.*

Dos pasajes de los consejos del doctor Schreber a los educadores, escritos en 1858, ilustrarán cómo solía desarrollarse aquel proceso habitualmente:

Los *gritos* o *llantos* inmotivados con los que el pequeño manifiesta sus caprichos han de considerarse como las primeras pruebas para evaluar la efectividad de los principios espirituales-pedagógicos... Una vez convencidos de que no hay ninguna auténtica necesidad detrás, ningún estado penoso o doloroso, ninguna enfermedad, podemos estar seguros de que los gritos no son sino la expresión de un *capricho* o melindre, *la primera*



*aparición de la testarudez.* Y en este caso no debemos limitarnos a reaccionar como al comienzo, esperando, sino que hemos de actuar de manera algo más positiva: *distrayendo* rápidamente su *atención*, recurriendo a *palabras serias* o *gestos amenazadores*, *dando golpecitos en la cama (...)*, o bien, cuando esto no surta efecto, mediante *amonestaciones corporales* convenientemente suaves, pero repetidas tenazmente a intervalos breves, hasta que el niño se calme o se quede dormido...

Bastará con aplicar este procedimiento *una vez o, a lo sumo, dos veces*, y seremos *amos del niño para siempre*. A partir de entonces, bastará con *una mirada, una palabra o un solo gesto amenazador* para controlarlo. No olvidemos que con esto le estamos haciendo *un gran bien* al propio niño, ahorrándole muchas horas de inquietud perjudiciales para su desarrollo y liberándolo de todos aquellos tormentos interiores que, además, proliferarían con suma facilidad, convirtiéndose en enemigos vitales cada vez más serios y difíciles de superar. (Cf. Schatzman, 1978, págs. 32 y sigs.)

El doctor Schreber no se da cuenta de que, en el fondo, está combatiendo sus propios impulsos en los niños, y tampoco tiene la menor duda de que está ejerciendo su poder exclusivamente en interés del niño:

Si los padres se muestran consecuentes con la aplicación de este procedimiento, muy pronto se verán *recompensados por el surgimiento de aquella agradable situación* en la que el niño es controlado *casi enteramente con una simple mirada de sus padres* (*ibid.*, pág. 36).

Los niños así educados no se darán cuenta, ni siquiera a una edad adulta, de en qué momento son víctimas del abuso de alguien, siempre y cuando esta persona les hable en un tono de voz «amistoso».

Muchas veces me han preguntado por qué, en *El drama*

*del niño dotado*, hablo tanto de las madres y tan poco de los padres. Pues bien, al decir «madre» me estoy refiriendo a la persona referencial más importante para el niño en su primer año de vida. Y no tiene por qué ser necesariamente la madre biológica, ni tampoco una mujer.

En el *Drama* me interesaba señalar que las miradas portadoras de prohibición o desprecio que el niño recibe pueden contribuir al surgimiento de serios trastornos, perversiones y neurosis obsesivas en la edad adulta. En la familia Schreber no era la madre quien «controlaba con la mirada» a sus dos hijos pequeños, sino el padre. Y ambos hijos padecieron, posteriormente, de enfermedades mentales y manía persecutoria.

En ningún momento me he ocupado, hasta ahora, de las teorías sociológicas sobre los papeles de los padres y las madres.

En los últimos decenios hay cada vez más padres capaces de asumir también las funciones maternas positivas y ofrecer a su hijo ternura, calor humano y compenetración con sus necesidades. En contraste con la era del patriarcalismo familiar, estamos viviendo una etapa de sana experimentación con los papeles sexuales, y en este estadio me cuesta mucho hablar del «papel social» del padre o de la madre sin recaer en categorías normativas ya superadas. Solo puedo afirmar que todo niño pequeño necesita, como compañía, a un *ser humano* (da igual que sea padre o madre) empático y no «dominante».

En los primeros dos años se pueden hacer infinidad de cosas con un niño —doblegarlo, disponer de él, enseñarle buenos hábitos, propinarle palizas y castigarlo— sin que al educador le ocurra nada, sin que el niño se vengue. Este solo superará las graves consecuencias de la injusticia infligida a su persona si le permiten defenderse, es decir, *articular* su rabia y su dolor. Pero si no consigue *reaccionar*

a su manera, porque los padres no pueden soportar sus reacciones (los gritos, la tristeza, la rabia) y se las prohíben mediante miradas y otras medidas formativas, el niño aprenderá a enmudecer. Su mutismo garantiza, es verdad, la efectividad de los principios pedagógicos aplicados, pero oculta al mismo tiempo el foco de peligros que amenaza su desarrollo posterior. Si se elimina cualquier posibilidad de reaccionar adecuadamente ante las ofensas, humillaciones y violaciones sufridas, estas experiencias no podrán ser integradas luego en la personalidad, los sentimientos permanecerán reprimidos y la necesidad de articularlos quedará insatisfecha, sin esperanza alguna en este sentido. Y es esta imposibilidad de llegar a articular alguna vez los traumas inconscientes con los correspondientes sentimientos la que causa, en la mayoría de los hombres, serios trastornos psicológicos. Como sabemos, el origen de las neurosis no se halla en los hechos reales, sino en la necesidad de reprimirlos. Intentaré demostrar que esta tragedia no solo es culpable del origen de las neurosis.

La represión (*Unterdrückung*) de las necesidades pulsionales es solo una parte de la represión masiva que la sociedad ejerce sobre el individuo. Mas como esta represión no empieza en la edad adulta sino ya en los primeros días de vida y gracias a ese medio generalmente bien intencionado que son los padres, el individuo no podrá descubrir en sí mismo, sin una ayuda ulterior, las huellas de este proceso represivo. Es como un hombre al que se le hubiera grabado una señal en la espalda y que jamás pudiera verla sin la ayuda de un espejo. Una de las funciones del psicoanálisis es, precisamente, la de suministrar este espejo.

Es cierto que el psicoanálisis sigue siendo el privilegio de unos pocos, y sus efectos terapéuticos son con frecuencia discutidos. Pero cuando se ha sido testigo, en repetidas ocasiones y con personas diferentes, del cúmulo de fuerzas que se liberan una vez contrarrestadas las consecuencias de la educación, cuando se observa cómo, de no ser así, estas

fuerzas son movilizadas irremediamente en todos los frentes para destruir la espontaneidad vital en uno mismo y en los otros (pues desde muy niños la consideramos como algo malo y amenazador), se desea transmitir a la sociedad siquiera algunas de las experiencias obtenidas durante el proceso analítico. Queda por ver si esta transmisión podrá efectuarse con éxito. No obstante, la sociedad tiene derecho a saber, en la medida en que sea posible, lo que de verdad ocurre en las consultas del psicoanalista, pues lo que en ellas sale a luz no es solamente un asunto privado de unos cuantos enfermos o perturbados, sino que nos concierne a todos.

*Semilleros de odio*  
(*Escritos pedagógicos de dos centurias*)

Hace ya tiempo que vengo preguntándome cómo podría explicar, de forma concreta y no puramente intelectual, el daño que, en muchos casos, se les hace a los niños al comienzo de sus vidas, y las consecuencias que esto puede tener luego para la sociedad. ¿Cómo narrar, me he preguntado a menudo, aquello que la gente ha ido descubriendo sobre los orígenes de su vida a través de varios años de laboriosa y difícil reconstrucción? A la dificultad propia de la exposición se añade el viejo dilema: por un lado, mi obligación de guardar el secreto profesional, por el otro, la convicción de estar ante una serie de principios cuyo conocimiento no debería ser patrimonio exclusivo de unos cuantos iniciados. Por otra parte, conozco ya el rechazo del lector no analizado, los sentimientos de culpa que surgen cuando hablamos de crueldad y el camino hacia el duelo aún debe permanecer cerrado. ¿Qué hacer entonces con esta triste constatación?

Estamos tan acostumbrados a aceptar todo cuanto oímos como preceptos o sermones moralizadores que, a ve-

ces, hasta una simple información puede ser tomada como un reproche y por eso nos resulta imposible admitirla. Con razón nos rebelaremos contra cualquier nueva exigencia si, a una edad muy temprana y a veces de forma violenta, nos impusieron exigencias de tipo moral. Amor al prójimo, altruismo, espíritu de sacrificio: ¡qué bien suenan estas palabras y, sin embargo, cuánta crueldad puede ocultarse tras ellas solo porque le son *impuestas* a un niño y a una edad en que los presupuestos del amor al prójimo no pueden ni siquiera existir! Gracias a la coerción, estos presupuestos se asfixian muchas veces en su origen, y lo que queda es una fatiga que dura toda la vida. Es como un suelo demasiado duro en el que nada puede germinar, y la única esperanza de poder conseguir a la fuerza el amor exigido reside en la educación de los propios hijos, a los que también podemos exigirselo sin piedad alguna.

Por este motivo quisiera mantenerme al margen de cualquier mensaje moralizador. *No* quisiera decir expresamente que se deba o no se deba hacer esto o aquello —no odiar, por ejemplo—, pues considero inútiles semejantes frases. Mi tarea ha de consistir más bien en mostrar las *raíces del odio*, que solo unos pocos parecen entrever, y buscar la explicación de por qué estos son tan pocos.

Mientras estaba reflexionando sobre estos problemas, cayó en mis manos *Schwarze Pädagogik (Pedagogía negra, 1977)* de Katharina Rutschky. Se trata de una colección de escritos pedagógicos en los que se describen todas las técnicas del condicionamiento temprano, destinado a que no advirtamos lo que realmente nos está ocurriendo. Y esas técnicas son descritas tan claramente que, vistas desde la realidad, corroboran reconstrucciones a las que yo he ido llegando en el curso de mi dilatada labor psicoanalítica. Y así se me ocurrió seleccionar unos cuantos pasajes de este libro excelente, aunque demasiado amplio, de suerte que,

con su ayuda, el lector pueda responder a preguntas muy personales que yo quisiera plantearle. Son, particularmente, las preguntas: ¿cómo fueron educados nuestros padres? ¿Qué debieron y pudieron hacer con nosotros? ¿Cómo hubiésemos podido advertirlo de niños? ¿Cómo hubiéramos podido hacer algo distinto con nuestros hijos? ¿Podrá romperse algún día este círculo infernal? Y, por último, ¿se reducirá nuestra culpa si nos vendamos los ojos?

Está fuera de duda que, con ayuda de estos textos, quisiera conseguir algo que, o bien no es posible, o bien resulta totalmente superfluo. Pues mientras a un ser humano no le esté permitido ver ciertas cosas, no le quedará más remedio que pasarlas por alto, interpretarlas mal y rechazarlas de cualquier modo. Pero si ya ha tenido antes acceso a ellas, no necesitará que yo se las explique primero. Ahora bien, aunque esta observación sea correcta, no quisiera renunciar a mi propósito, pues el intento me parece lógico pese a que, de momento, solo unos pocos lectores puedan sacar provecho de estas citas.

Los textos elegidos nos revelan ciertas técnicas empleadas para entrenar no solo a «determinados niños», sino —en mayor o menor medida— a *todos nosotros* (pero sobre todo a nuestros padres y abuelos) en la práctica del no-darse-cuenta. Utilizo aquí el verbo «revelar» (*enthüllen*) pese a que no se trata de escritos secretos, sino difundidos públicamente y que han conocido numerosas ediciones. No obstante, un hombre de la generación actual podrá descubrir en ellos cosas que le conciernen personalmente y que permanecían ocultas para sus padres. Esta lectura podrá darle la sensación de haber encontrado la solución de un enigma, de haber descubierto algo nuevo, aunque también conocido desde tiempo atrás, y que hasta entonces encubría y a la vez determinaba su vida. Lo mismo me ocurrió a mí al leer *Pedagogía negra*. De repente me llamaron la atención sus huellas en las teorías psicoanalíticas, en la política y en las incontables coacciones de la vida cotidiana.

La mayor preocupación de los educadores ha sido, desde siempre, la «obstinación», la testarudez, la resistencia y la intensidad de los sentimientos infantiles. Repetidas veces se ha insistido en el hecho de que nunca se empezará lo suficientemente temprano con la educación para la obediencia. Leamos, a guisa de ejemplo, las siguientes anotaciones de J. Sulzer:

Por lo que respecta a *la testarudez*, diremos que se manifiesta como un recurso natural ya en la primera infancia, en cuanto los niños pueden dar a entender mediante gestos que desean algo. Ven algo que les gustaría tener, pero no pueden conseguirlo; se enfadan, gritan y dan golpes a su alrededor. O bien les damos algo que no les agrada, y ellos lo tiran y rompen a llorar. Son estos *hábitos malos y peligrosos* que impiden la educación integral y dejan aflorar cosas malas en los niños. Si no se eliminan la testarudez y la maldad, será imposible dar una buena educación a un niño. De ahí que en cuanto estos vicios se manifiestan en un niño *es preciso combatir el mal* que está en su origen, a fin de que la costumbre no lo intensifique y los pequeños se corrompan del todo.

Por consiguiente, aconsejo a todos aquellos cuya tarea consista en educar a niños que *conviertan en su labor principal la eliminación de la testarudez y la maldad*, y persistan en ella *hasta que logren su objetivo*. No se puede, como ya señalé anteriormente, tratar de *razonar* con niños pequeños, de ahí que la testarudez *deba ser eliminada de manera mecánica* y para ello no hay otro medio que ponerse serios con los niños. Si cedemos una primera vez ante su obstinación, la segunda vez esta se habrá robustecido y será más difícil erradicarla. Si los niños se dan cuenta de que con sus rabietas y griteríos pueden imponer su voluntad, no dejarán de recurrir una y otra vez a los mismos métodos, hasta que al final acabarán

siendo los amos de sus padres y nodrizas y desarrollarán un carácter malo, obstinado e insoportable con el cual torturarán, mientras vivan, a sus padres, como una merecida recompensa por la buena educación recibida. Pero si los padres tienen la suerte de neutralizar la testarudez *desde el primer momento* mediante serias reprimendas y *repartiendo golpes con la vara*, obtendrán *niños obedientes, dóciles y buenos* a los que luego podrán ofrecer una buena educación. Allí donde haya que echar una buena base educativa, deberemos seguir trabajando hasta que constatemos la desaparición de la testarudez, pues esta no debe mantenerse a ningún precio. Que nadie se imagine poder hacer algo bueno en el ámbito educativo si antes no ha eliminado estas dos lacras fundamentales. Trabajaría en vano. En este caso resulta necesario echar primero las bases.

Estos son, pues, los dos temas primordiales que *es preciso tener en cuenta durante el primer año de educación*. Si los niños tienen ya más de un año de edad y empiezan a entender y hablar un poco, habrá que pensar también en otras cosas, aunque solo a condición de que *la testarudez sea el objetivo principal de nuestra labor formativa hasta que desaparezca del todo*. Nuestra intención básica será siempre hacer de los niños personas honradas y virtuosas, y los padres deberán tener presente esta intención cada vez que observen a sus hijos, a fin de no perder oportunidad alguna de trabajar para ellos. También habrán de conservar muy vivo en su recuerdo el esbozo o la imagen de aquel espíritu dispuesto a la práctica de la virtud que he descrito hace un momento, para que sepan qué les corresponde hacer. La tarea primordial y más genérica que se impone consiste en inculcar a los niños el amor al orden: es el primer paso que exigimos para alcanzar la virtud. Sin embargo, *en los tres primeros años*, esto —como todo cuanto se quiera emprender con los niños— solo podrá llevarse a cabo de forma puramente mecánica, pues todo cuanto se haga con los niños deberá hacerse según las normas de un orden justo. La comida y la bebida,



la vestimenta, el dormir y, en general, el pequeño mundo familiar de los niños deberán regirse por un orden y no ser alterados nunca en función de la testarudez o las extravagancias infantiles, a fin de que ellos mismos aprendan a someterse a las normas del orden ya en su primera infancia. El orden que uno les imponga influirá indiscutiblemente en sus temperamentos, y si los niños se acostumbran desde muy temprano a un orden determinado, más tarde *supondrán que este es algo perfectamente natural, pues no se darán cuenta de que les ha sido impuesto de forma artificial*. Si por complacer a un niño aceptamos alterar su pequeño orden familiar cada vez que sus caprichos así lo deseen, él podría pensar que el orden, en definitiva, no importa demasiado y ha de ceder constantemente ante los caprichos. Este sería un prejuicio que acabaría perjudicando en gran escala la vida moral, como es fácil deducir de lo que antes he dicho sobre el orden. En cuanto nos sea posible hablar con los niños, tendremos que aprovechar cualquier oportunidad para presentarles el orden como algo sagrado e inviolable. Si desean algo que atente contra el orden, digámosles: mi querido niño, esto es imposible, atenta contra un orden que nunca debe ser transgredido, etc., etc.

La segunda tarea a la que uno debe dedicarse ya al principio el segundo y tercer año de educación es la estricta obediencia a los padres y superiores, y una satisfacción infantil con todo cuanto ellos hagan. Estas cualidades no solo son absolutamente necesarias para el éxito del proceso educativo, sino que ejercen una influencia muy grande en la educación en general. Son importantes porque infunden al espíritu sentido del orden y sumisión a las leyes. Un niño acostumbrado a obedecer a sus padres se someterá también con gusto a las leyes y normas de la razón cuando sea dueño y señor de sus actos, *pues ya estará habituado a no actuar según su propia voluntad. Esta obediencia es tan importante que, a decir verdad, toda la educación no es otra cosa que el aprendizaje de la obediencia*. Es un principio universalmente reconocido que las

personas de alto rango, llamadas a regir los destinos de naciones enteras, tienen que aprender el arte de gobernar empezando por la obediencia. *Qui nescit obedire, nescit imperare* («Quien no sabe obedecer, no sabe gobernar»): pero la única razón que explica esto es que la obediencia enseña al hombre a respetar debidamente las leyes, primera cualidad de un gobernante. Así pues, en cuanto hayamos logrado expulsar la testarudez del tierno espíritu de los niños gracias a nuestro esfuerzo inicial, el objetivo fundamental de nuestra tarea deberá consistir en inculcarles la obediencia, lo que no es fácil. Es perfectamente natural que el alma infantil quiera salirse con la suya, y *si las cosas no se han hecho debidamente en los dos primeros años*, más tarde será difícil conseguir el objetivo. *Estos primeros años presentan, entre otras, la ventaja de que podemos emplear la violencia y la coerción. Con el tiempo, los niños olvidan todo cuanto les ocurrió en la primera infancia. Si en aquella etapa podemos despojarlos de su voluntad, nunca más volverán a recordar que tuvieron una y, precisamente por eso, la severidad que sea necesario aplicar no tendrá ninguna consecuencia grave.*

Es, pues, preciso demostrar a los niños, tanto verbalmente como a través de los hechos, que deben someterse a la voluntad de sus padres, y hay que hacerlo ya al principio, en cuanto puedan darse cuenta de ciertas cosas. La obediencia consistirá en que los niños: 1) hagan con gusto lo que se les ordene; 2) dejen de hacer gustosos lo que se les prohíba, y 3) queden contentos con las normas que se prescriban pensando en ellos. (J. Sulzer, *Versuch von der Erziehung und Unterweisung der Kinder*, 1748; cit. por Katharina Rutschky, *Schwarze Pädagogik*, págs. 173 y sigs.)

Es asombroso constatar cuánta sabiduría psicológica poseía este pedagogo hace ya más de doscientos años. Es realmente cierto que, con los años, los niños olvidan todo cuanto les ocurrió en la primera infancia. «Después nunca más volverán a acordarse de que tuvieron una vo-

luntad»..., sin duda. Pero la continuación de esta frase no es, lamentablemente, cierta: «y la severidad que sea necesario aplicar no tendrá, precisamente por eso, ninguna consecuencia grave».

Lo cierto es todo lo contrario: juristas, políticos, psiquiatras, médicos y carceleros tienen que vérselas precisamente con *estas consecuencias graves* a lo largo de su vida profesional, por lo general sin saberlo. La labor psicoanalítica necesita años para ir remontando paso a paso hasta los orígenes, pero, cuando lo consigue, logra verdaderamente liberar al paciente de los síntomas.

Los legos en la materia objetan constantemente que hay personas que tuvieron una infancia difícil sin por eso ser neuróticas, mientras que otras, educadas dentro de lo que se denomina «circunstancias favorables», enferman psíquicamente. Esto nos haría pensar en una predisposición innata y pondría en tela de juicio la influencia de la casa paterna.

El pasaje antes citado nos ayuda a comprender cómo este error puede (¿y debe?) surgir en todos los estamentos de la población. Las neurosis y psicosis no son, pues, consecuencias directas de frustraciones reales, sino la expresión de traumas reprimidos. Sobre todo si la tarea consiste en *educar a niños de manera tal que no se den cuenta* de lo que se les impone o se les quita, de lo que pierden en todo ello, de lo que en otras circunstancias hubieran sido y de lo que en general son, y si esta educación empezó lo suficientemente temprano, el adulto sentirá más tarde, a pesar de su inteligencia, la voluntad del otro como si fuera la suya propia. ¿Cómo podrá saber que su propia voluntad fue quebrantada si nunca le permitieron realizarla? Y, sin embargo, podrá enfermarse de todo esto. Si, en cambio, un niño ha podido experimentar hambre, huidas o ataques aéreos sintiendo que es tomado en serio y respetado como una persona independiente por sus padres, no acabará enfermándose debido a estos traumas reales. Tendrá incluso

la oportunidad de recordar estas experiencias (que han sido acompañadas por personas amigas) y enriquecer con ellas su mundo interior.

El siguiente pasaje, de J.G. Krüger, revela por qué ha sido (y sigue siendo) tan importante para los educadores combatir enérgicamente la «testarudez».

A mi entender, nunca deberíamos pegar a los niños pensando en las faltas que hubieran cometido por debilidad. El único vicio que merece una paliza es la *testarudez*. Resulta, pues, injusto pegarle a un niño porque no rinde en los estudios; es injusto pegarle por una caída; es injusto pegarle porque ha perjudicado a alguien sin querer; es injusto pegarle porque llora. Pero sí es *justo y razonable pegarle* por todos estos delitos, o incluso por otras pequeñeces si *las ha cometido por maldad*. Si vuestro hijo no quiere aprender porque vosotros lo queréis, si llora con la intención de desafiaros, si causa daños para ofenderos, en una palabra, *si quiere salirse con la suya*:

Adelante con los golpes, y a darle  
hasta que grite: ¡Basta, papá, basta!

Pues semejante desobediencia equivale a una declaración de guerra contra vuestra persona. Vuestro hijo querrá arrebatáros la autoridad, y vosotros estáis autorizados a responder a la violencia con la violencia para consolidar vuestro prestigio, sin el cual no existirá educación alguna para él. Esta paliza no deberá ser un simple juego, sino que habrá de convencerlo de que vosotros sois sus amos. Por eso no debéis ceder hasta que haga aquello que antes, por maldad, se negaba a hacer. Si no tomáis esto en cuenta, habréis librado una batalla de la que su perverso corazón saldrá victorioso y se propondrá firmemente no tomar en serio las palizas futuras, solo para no verse sometido a la autoridad de los padres. Pero si la primera vez se declara vencido y se ve obligado a humillarse ante

vosotros, ya no le quedará valor para rebelarse nuevamente. Sin embargo, tendréis que guardaros muy bien de que, al castigarlos, la ira se apodere de vosotros, *pues el niño será lo suficientemente perspicaz para advertir vuestra debilidad y considerar como un efecto de la ira el castigo que, a sus ojos, hubiera debido ser la aplicación de la justicia*. De suerte que, si no sois capaces de cierta moderación a este respecto, dejad que otra persona ejecute el castigo, encareciéndole que no cese hasta que el niño haya acatado la voluntad del padre y acuda a pedir os perdón. No deberéis negarle enteramente este *perdón*, como observa con justicia Locke, pero sí hacérselo un tanto difícil; y tampoco deberéis manifestarle otra vez vuestro cariño hasta que él, gracias a *su total obediencia*, haya reparado su falta anterior y demuestre estar decidido a ser un *fiel súbdito de sus padres*. Si desde temprana edad se educa a los niños con *la debida inteligencia*, muy raramente será necesario recurrir a estas medidas violentas; sin embargo, resultará difícil evitarlas si empezamos a educarlos cuando ellos, previamente, hayan desarrollado ya su testarudez. Aunque a veces, sobre todo cuando son ambiciosos, podremos ahorrarles los golpes —por más que hayan cometido faltas grandes—, *haciéndolos caminar descalzos, por ejemplo, o bien pasar hambre y servir la mesa, o agarrándolos por algún sitio que les duela*. (J.G. Krüger, *Gedanken von der Erziehung der Kinder*, 1752; cit. por K.R., págs. 170 y sigs.)

Aquí, todo es expresado aún abiertamente. En los modernos libros de pedagogía, las reivindicaciones autoritarias de los educadores aparecen mucho más encubiertas. Entretanto se ha ido desarrollando un sofisticado repertorio de argumentos para demostrar la necesidad del castigo corporal para el bien del niño. En el texto antes citado aún se habla abiertamente, sin embargo, de «robo de autoridad», «súbdito fiel», etc., etc., revelando así la triste verdad que, por desgracia, todavía sigue vigente hoy en día. Pues los motivos del castigo corporal siguen siendo los mismos:

los padres luchan por recuperar en su hijo el poder que ellos perdieron frente a sus propios progenitores. *Reviven por primera vez, ante sus propios hijos, esa vulnerabilidad de sus primeros años de vida que no consiguen recordar* (cf. Sulzer), y *solo entonces, a la vista de esos seres más débiles que ellos, se defienden a veces brutalmente*. En esta tarea colaboran un sinnúmero de racionalizaciones que se han conservado hasta la actualidad. Aunque los padres *siempre* maltratan a sus hijos por razones internas, es decir, debido a sus propias carencias, resulta claro y evidente en nuestra sociedad que este tratamiento es bueno para los niños. No en vano el cuidado y la atención que se conceden a esta argumentación dejan entrever su carácter ambivalente. Pese a que estos argumentos contradicen cualquier experiencia psicológica, siguen transmitiéndose de generación en generación.

La explicación de este fenómeno hay que buscarla en razones de orden emocional, profundamente ancladas en todo ser humano. A la larga, nadie podría pregonar «verdades» que contradigan leyes físicas (como por ejemplo que sería sano para el niño salir con bañador en invierno y ponerse un abrigo de piel en verano) sin exponerse al ridículo. Pero es perfectamente normal hablar de la necesidad de la paliza, la humillación y la tutela utilizando, eso sí, palabras más refinadas como «castigo corporal», «educación» y «guía hacia el bien». En los siguientes pasajes de *Pedagogía negra* puede observarse cuánto provecho sacan de esta ideología los educadores para sus necesidades más ocultas e inconfesadas. Esto explica asimismo la gran resistencia ante la recepción e integración de la incontestable gama de conocimientos sobre leyes psicológicas alcanzados en los últimos decenios.

Hay muchos buenos libros que informan sobre los efectos nocivos y la crueldad de la educación (por ejemplo los de

E. von Braunmühl, L. de Mause, K. Rutschky, M. Schatzman, K. Zimmer). ¿Por qué esta información ha producido tan pocos cambios en la actitud del público en general? Hace un tiempo me ocupé de las numerosas razones individuales que explican esta dificultad, pero ahora creo que en el tratamiento de los niños existe también una *normativa psicológica de validez universal* que conviene sacar a la luz: el ejercicio del poder por parte del adulto sobre el niño, una práctica que, como ninguna otra, puede permanecer oculta e impune. Revelar este mecanismo casi ubicuo resulta superficial de cara a los intereses de todos nosotros (pues ¿quién renunciaría tan fácilmente a la posibilidad de liberar afectos estancados y a las racionalizaciones que tienden a conservar la buena conciencia?), pero es urgente y necesario para las generaciones futuras, pues cuanto más fácil resulte —gracias a la técnica— matar a miles de personas apretando un botón, tanto más importante será, para la conciencia pública, sacar a la luz *toda la verdad* sobre cómo puede surgir el deseo de aniquilar las vidas de millones de seres humanos. Las palizas son solo una forma de malos tratos y resultan *siempre* humillantes, porque al niño le está prohibido defenderse y a cambio debe mostrar gratitud y respeto hacia sus padres. Pero junto al castigo corporal hay toda una escala de medidas refinadas que se aplican «por el bien del niño», medidas que este no puede comprender y, precisamente por ello, suelen tener efectos devastadores en su vida posterior. Imaginemos nuestra reacción, por ejemplo, si como adultos que somos, intentásemos ponernos en el caso de un niño educado según los métodos de P. Villaume:

Si pillamos a un niño *in fraganti*, no será difícil *sonsacarle una confesión*. Muy fácil sería decirle: fulano o zutano te ha visto hacer esto o aquello; pero yo preferiría dar un rodeo, y rodeos hay muchos.

Interrogamos al niño sobre su aspecto enfermizo y obte-

nemos la confesión de que siente tales y tales dolores y molestias, que nosotros mismos le describimos. Yo, entonces, proseguiría:

«Ya ves, hijo mío, que conozco tus sufrimientos actuales: acabo de enumerártelos. Como verás, sé en qué estado te encuentras. Y sé algo más aún: sé que en el futuro seguirás sufriendo, y quisiera hablarte al respecto. Escúchame. La cara se te ajará aún más, y la piel se te pondrá cetrina; las manos te temblarán, te saldrán muchas pustulitas en el rostro, los ojos se te nublarán, la memoria te empezará a fallar y la inteligencia se te embotará. Perderás por completo la alegría de vivir, el sueño y el apetito, etc.».

Será difícil encontrar a un niño al que estas palabras no aterren. Proseguiré:

«Y ahora quiero decirte algo más: ¡pon mucha atención! ¿Sabes de dónde provienen todos tus sufrimientos? Puede que no lo sepas, *pero yo sí: ¡te has hecho culpable de ellos! Me refiero a lo que haces en secreto. Fíjate...».*

Tendría que tratarse de un niño insensible si no confesara llorando. El otro camino hacia la verdad es el siguiente (extraijo este pasaje de *Ridagogische Unterhandlungen*):

Llamé a Heinrich y le dije:

—Escucha, Heinrich, estoy muy preocupado por tu ataque (H. había tenido varios ataques de epilepsia). He estado pensando mucho en las posibles causas, pero no encuentro ninguna. Piensa un poco: ¿no sabrás tú algo?

*H.:* No, no sé nada. (Tampoco podía saber nada, pues en esos casos un niño no sabe lo que hace. Además, esta pregunta solo estaba pensada como introducción a lo que sigue.)

—¡Pues es muy extraño! ¿No te habrás acalorado y bebido algo demasiado rápido?

*H.:* No. Usted sabe muy bien que no salgo hace tiempo, excepto cuando usted mismo me ha sacado.

—No consigo entenderlo... Sé una historia de un chiquillo de doce años (era la edad de Heinrich), una historia muy triste... el chico murió al final.



(El educador describe aquí al propio Heinrich, aunque bajo otro nombre, y lo asusta.)

—A él también le venían, inesperadamente, los mismos temblores que a ti, y entonces decía que era como si alguien le hiciera cosquillas violentamente.

*H.:* ¡Dios mío! Espero no morirme. También yo siento lo mismo.

—Y a veces las cosquillas parecían quitarle el aliento.

*H.:* A mí también. ¿No se ha dado cuenta? (Esto nos permite ver que el pobre chico no sabía realmente cuál era la causa de sus males.)

—Y entonces se echaba a reír violentamente.

*H.:* No, a mí me entra tanto miedo que no sé qué hacer. (El educador se limita a simular esta risa, tal vez para disimular su intención. Hubiera sido mejor, en mi opinión, que se hubiese atendido a la verdad.)

—Todo esto duró un buen rato, hasta que fue presa de una risa tan intensa, violenta y persistente que se asfixió y falleció.

(Le conté todo esto con la máxima indiferencia, haciendo caso omiso de sus respuestas. Intenté que mis gestos y visajes crearan una atmósfera de diálogo amistoso.)

*H.:* ¿Murió de risa? ¿Puede alguien morir de risa?

—Así es, tal como lo oyes. ¿Te has reído alguna vez violentamente? Sientes una gran opresión en el pecho y los ojos se te llenan de lágrimas.

*H.:* Sí, lo sé.

—Pues bien, ahora imagínate que aquello hubiera durado un rato muy largo, ¿hubieses podido aguantarlo? Pudiste parar porque el objeto o la cosa que provocaba tu risa dejó de influir en ti, o porque dejó de parecerse ridículo. Pero en el caso de aquel pobre chico no había causa externa alguna que lo hiciera reír, sino que la causa fue el cosquilleo de sus propios nervios, que él no pudo frenar a voluntad; y su risa duró lo mismo que ese cosquilleo, que al final le causó la muerte.

*H.:* ¡Pobre chico! ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Heinrich.

H.: ¿Heinrich? (Me miró fijamente.)

—(Yo, indiferente.) Sí. Era hijo de un comerciante de Leipzig.

H.: Ajá. Pero ¿por qué ocurrió todo aquello?

(*Yo quería oír esta pregunta. Hasta ese instante me había estado paseando de un lado para otro de la habitación, pero de pronto me detuve y clavé la mirada en su rostro para observarlo con la máxima exactitud.*)

—¿Y tú qué piensas, Heinrich?

H.: No lo sé.

—Pues voy a decirte cuál fue la causa. (Y le dije lo siguiente en un tono lento y firme.) El muchacho había visto cómo alguien se dañaba los nervios más finos de su cuerpo al tiempo que hacía gestos extraños. Este chico, sin saber que se estaba perjudicando, lo imitó. Tanto le gustó que al final sometió los nervios de su cuerpo a un movimiento inusitado, debilitándolos y provocando así su muerte. (Heinrich estaba coloradísimo y visiblemente incómodo.) ¿Qué te pasa, Heinrich?

H.: Oh, nada.

—¿Te viene otro ataque?

H.: No, no. ¿Permite que me vaya?

—¿Por qué, Heinrich? ¿No te gusta estar aquí conmigo?

H.: Sí, pero...

—¿Pero qué?

H.: No, nada.

—Escucha, Heinrich. Yo soy tu amigo, ¿verdad? Sé sincero. ¿Por qué te has puesto tan rojo y nervioso al oír la historia del pobre chico que abrevió su vida de esa forma tan desdichada?

H.: ¿Rojo? Pues no sé... Me dio lástima.

—¿Y eso es todo? No, Heinrich, tiene que haber otra causa, tu cara te delata. Te estás poniendo más nervioso. Sé sincero, Heinrich: *con la sinceridad te harás grato a los ojos de Dios, nuestro querido Padre, y de todos los hombres.*

H.: ¡Dios mío!

(Rompió a llorar a gritos, y era tan digno de lástima que también a mí se me llenaron los ojos de lágrimas; él lo advirtió, me cogió la mano y la besó apasionadamente.)

—Heinrich, ¿por qué lloras?

H.: ¡Dios mío!

—¿Debo ahorrarte la confesión? ¿Verdad que acabas de hacer lo que hizo aquel pobre chiquillo?

H.: ¡Dios mío! Sí.

Tal vez este último método sea preferible al primero cuando *haya que tratar con niños de carácter delicado y sensible*. Aquel tiene algo de dureza en la manera en que casi ataca al niño. (P. Villaume, 1787; cit. por K.R., págs. 19 y sigs.)

El niño no puede tener sentimientos de indignación ni de rabia ante esta manipulación engañosa, ya que no se da cuenta de ella. Solo pueden surgir en él sentimientos de temor, vergüenza, inseguridad y desamparo que posiblemente pronto serán olvidados, sobre todo en cuanto él también haya encontrado a su propia víctima. Villaume, al igual que otros pedagogos, se preocupa conscientemente de que sus métodos pasen inadvertidos:

Hay, pues, que estar atento al niño, pero *de forma que él no se dé cuenta*, de lo contrario se oculta, se vuelve receloso y no hay manera de acercársele. Como, de todos modos, el pudor lo impulsará a disimular siempre semejante proceder, la cosa no es en sí nada fácil.

Si *espiamos* a un niño (*siempre sin que se dé cuenta*) por todas partes —y sobre todo en lugares secretos—, puede suceder que *le pillemos in fraganti*.

Se envía a los niños más temprano a la cama y, *cuando están en el primer sueño*, se les *quita suavemente la manta* para ver dónde tienen las manos o si es posible apreciar alguna señal, se repite la operación por la mañana, antes de que se despierten.